# Lectura de *Aniversario con invitados* de Santos Vergara

# (Orán, Ediciones del Trópico, 2026

Por Elisa Moyano

Santos Vergara es un homdre cuya existencia estuvo atravesada por las voces de los otros. No era posible que, después de habitar durante 40 años el territorio de las letras, él dejara su costumbre de hablar con o a través de los otros. Y digo esto porque al regalarnos un tomo en el que recoge textos propios junto a los de escritores nativos o adoptivos del trópico, habla con ellos. Al aclararnos que amó la escritura de todos dice mucho de sus gustos literarios y de sí mismo. Estas dos cuestiones nos confirman una cualidad que ya había mostrado en su tarea de gestor cultural, editor y formador de grupos: su generosidad infinita.

En este tomo en el que recoge algo de su escritura impecable, como Borges, parece enorgullecerse más de sus lecturas que de su escritura. Por ello, el segmento más largo es aquel en que cede la palabra a otros escritores, quedando a su cargo sólo "La bienvenida", un par de cuentos y "El informe" que, como el prólogo de Raquel Guzmán y el texto de Víctor Chala Serrano "Llueven poemas", hablan de la trayectoria del antólogo (tanto literaria como de gestión cultural). Recordemos que el libro se cierra con "El álbum", fotografías también escogidas seguramente por Vergara.

Los textos seleccionados por él me parecieron espléndidos. Si embargo, a partir de aquí, sólo voy hablar de algunos tratando de marcar relaciones entre ellos y con otros textos de la literatura universal.

En el texto de Gregorio Ernesto Torres (1925), "Juancito de Embarcación", el narrador marca reiteradamente la fuerza del amor filial que habita en el protagonista. "Es para mi mamita" repite y esta frase despierta en el lector una ternura infinita. Cuando es salvado de la cárcel por la solidaridad de sus vecinos y un funcionario, se convierte en rey, el vagón del tren en el que viaja en carroza, los otros pasajeros en la corte y la locomotora en briosos corceles. En este segmento del texto hay una huella fuerte de los cuentos de hadas.

"La parábola de la hormiguita" de Salazar Martínez (1933) tiene rastros de la fábula de los dos conejos de Iriarte. En la discusión entre ambas hormigas acerca de la existencia o no del hombre, uno de ellos posa el pie en el hormiguero y destruye todo. En "Las hormigas", un cuento de Dominga Puca Cáceres (1951), vuelven a aparecer los pequeños insectos en una historia que invierte este desenlace ya que, en esta oportunidad, ellos atacan a una niña.

"Reencuentro", también de Salazar, despierta una ternura similar a la que marcábamos para el cuento de Torres. Se trata aquí de la voz de una mujer que le habla a su hijo. El final es totalmente sorprendente.

Dentro de la producción de Sagárnaga (1963) Santos selecciona dos cuentos. En "Solo de bandoneón en madrugada" encontramos, en el contexto de un baile, la

presencia de un seductor y la formación de un triángulo amoroso seguido de un crimen pasional. El crimen reaparece en el largo y novedoso cuento "El cuchillo" de Eduardo Atilio Romano.

En el otro cuento de Sagárnaga "Las viejas cuentan chistes crueles" de nuevo, como en el anterior, aparece la cumbia pero esta vez en un velorio. Hay huellas de los textos policiales y del teatro del absurdo respectivamente.

En "Que le cante qué, señor?" de Adrian Dib Chagra (1962) aparece una impecable reproducción de la oralidad. Es un cuento que parece ambientarse en un tiempo de detenciones ilegales de quienes tenían un padre sindicalista y segura solidaridad con los desprotegidos. Los indígenas entre otros. Es un texto de denuncia que desenmascara lo que se oculta tras el Familiar: un castigo, implementando por los patrones, a los empleados alborotadores. Estas percepciones se confirman cuando en la nota que aparece al final se dice que Luna, el protagonista, fue secuestrado en Orán en 1976. Aunque publicado en 2020, se acerca a los textos de la *littératur engangee*. La denuncia vuelve a aparecer en "La eternidad imaginada" de Mario Flores (1990) texto en el que el Familiar vuelve a hacer su aparición.

Con Raquel Guzmán se hace presente en la antología el micro relato, género que reaparece con Gomila (1958).

Me llamó la atención el adjetivo "quitado" aplicado al sustantivo "hijo" del cuento "Punto atrás"; "quitado" es un sinónimo muy cercano al término "apropiado", usado por las Abuelas de Plaza de Mayo para referirse a los niños que nacieron durante el cautiverio de sus madres durante la última dictadura. Me resuenan los semantismos ocultos dentro de la palabra y toda la carga de denuncia que estaría incluida en ese término. Y me atrevo a hacerlo ya que en el micro relato siguiente, también de Raquel, un texto titulado "Entresijos", se dice de las palabras "cada una de ellas es una fracción del lenguaje [...] una imagen de la memoria. No sé si ellas son mías o yo soy de ellas". O sea que las palabras, al ser parte de un tesoro común y más allá de los deseos o las intenciones del autor, reflejan los entresijos que son los secretos ocultos en las palabras.

El cuento de Jorge Rolando Acevedo (1968) se titula "Julia Tercero". Es la historia de una niña que -por tardarse en volver por la noche- es quemada por su abuela. La historia reaparece en el cuento "La ceremonia del fuego" de Mario Flores (1990), texto en el que ella se ha convertido en objeto de culto, en cuyo final se sugiere que se está quemando otra niña distinta y que, en un movimiento circular, el rito está por volver a comenzar. "Dioses del fuego" de Fabio Martínez (1981) es la historia de unos incendiarios.

La circularidad, especie de designio del que no pueden escapar los habitantes de los trópicos, marcada para los cuentos sobre Julia Tercero, vuelve a aparecer en "Ortiz", un cuento de Alejandro Dallacaminá (1983) en el que una madre, cansada de tanto prostituirse, pide a su hijo que no salga a trotar calle. Éste sale lo mismo y entonces aparece Ortiz llamándolo desde un auto. Expliquemos que Ortiz era el nombre genérico con que su padrastro llamaba a todos los clientes de la madre.

Incendios, niños o adolescentes abrazados criminalmente por el fuego o prostituidos parecen ser historias propias de un trópico caliente y sórdido que se contraponen a aquellas cuyos protagonistas inspiran cierta ternura. Recordemos que los autores de estas últimas habían nacido cerca de comienzo del siglo XX y son las que inician el tomo. Me pregunto si son síntomas de épocas diferentes o simples modas literarias.

Finalmente, diré unas palabras acerca de los cuentos firmados por el propio Santos Vergara (1955). "Regreso del lobo" tiene evidente relación con la leyenda, de origen guaraní, llevada al cine por Leonardo Fabio, en la cual el séptimo hijo varón de una familia se convertía en lobo durante las noches de luna llena. El hecho de reescribir con variaciones una leyenda, acerca el texto a la "Parábola de la hormiguita" escrito por uno de los autores nacidos a comienzos del siglo XX rescatados por Santos. Sin embargo, el hecho de que la bestia, que ya ha aparecido también cíclicamente, sea eliminada por una mujer que termina en su cama muerta, lo acerca a esa violencia reiterada que habita en textos más recientes.

Esto es posible de ser leído también en "Un llanto en el pozo" cuento de ambiente borgiano en el que se repite la violencia sobre un hombre que reitera la que sufrió de niño. Esta repetición ritual es dicha con la siguiente frase, con la cual cerramos este aporte, y que remite desde nuestra humilde lectura a los rituales de sacrificios humanos de algunos pueblos aborígenes de América: “Por eso, no se resistió cuando el gigante lo levantó en brazos, repitiendo una antiquísima ceremonia que ahora empezaba a rememorar” (p. 158)

Salta, abril de 2026